CAPILLA ALFONSINA

## XV

### Hambre

El Cacomixtle se encontró en la mitad de una plazuela, en compañía de sus dos protegidas, sin saber qué hacer, sin dinero y sin rumbo adónde dirigirse.

Allí le fué preciso entonces deliberar con ellas.

—Estamos salvados, dijo el muchacho. Ahora lo que importa es saber qué hacemos.

—¿Tú para dónde nos llevabas? preguntó Margarita.

—¿Yo? para ninguna parte: ¡si no tengo para dónde llevarlas!

—Pues entonces ¿para qué escogiste este rumbo?

—Porque es por donde creo que no nos puede encontrar don Celso.

—¿Quién es don Celso?

— Pregúnteselo usted á Alejandra.

— Madre, es nuestro perseguidor; el mismo que le he dicho á usted que en la Costa se llamaba el padre Bernal.

— No le conozco.

— Vaya si no le conoce usted, dijo el Cacomixtle, ¿quién le fué á decir á usted que la iban á fusilar?

— ¿Ese?

— Ni más ni menos.

— Pero ¿tú le conocías, Alejandra? Cuéntame...

— Ya se lo contará á usted otra vez. Por ahora no perdamos el tiempo: son cerca de las siete, y no es bueno á esta hora andar en la calle. Comienzan á encenderse las luces en las tiendas, y las mujeres deben retirarse. Vamos á ver adónde nos vamos.

— Pues á un mesón, dijo Margarita.

— ¡A un mesón! ¿Pero tienen ustedes dinero?

— Yo sólo tengo dos pesos, dijo Alejandra.

— Y yo otro, agregó Margarita. Cuanto traía se ha quedado en los baúles.

— Es bastante: con tres pesos podemos pasar, sin salir á la calle, tres días; y mientras, á ver qué piensan ustedes. Vamos á buscar un mesón.

Cacomixtle y Margarita conocían algo á México: Alejandra era la primera vez que estaba en la capital, y de la casa de Diligencias había ido á la Diputación, y eso en coche; de manera, que se encontraba como mareada



con la afluencia de la gente, con la multitud de luces, con los coches, con el ruido de la ciudad.

Porque en las ciudades grandes, mientras no llega el supremo momento de un asalto general, durante un sitio, mientras por una parte se combate, por la otra se baila y se pasea.

Las fuerzas imperiales y republicanas se cañoneaban por la garita de Belén; y en la Alameda, que dista un tiro de cañón de la línea que ocupaban los defensores de la plaza, las señoras paseaban y se divertían con la mayor sangre fría del mundo, á pesar de que algunas granadas llegaron á reventar encima de la concurrencia.

Alejandra estaba admirada de encontrar, por donde iba, hombres, y mujeres, y muchachos, que caminaban á sus negocios, sin cuidarse de las detonaciones de cañón que se escuchaban por todos los lados de la ciudad.

El Cacomixtle era el más conocedor de México, entre los tres; y las mujeres le seguían con la mayor buena fe. Ciertamente que había motivo para ello, porque la astucia y el cariño de aquel muchacho las acababa de salvar de la Diputación, y sobre todo, de las garras de don Celso.

Llegaron á la calle de Mesones, y allí era en donde el Cacomixtle estaba seguro de encontrar posada, porque cuando llegó á México por la primera vez en compañía del tío Lalo y de la familia, allí había ido á parar en un mesón; y el Cacomixtle tenía buena memoria.

Había ya dado la oración, y estaba obscureciendo.

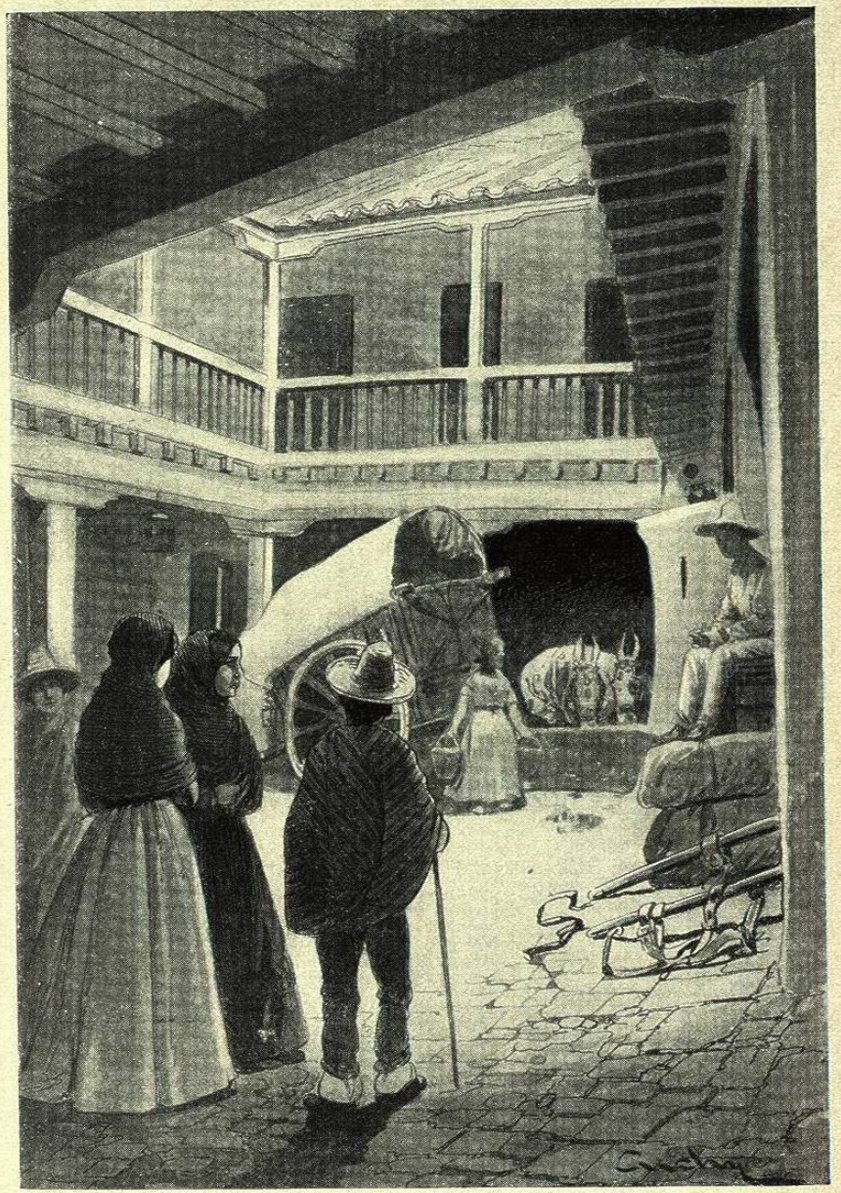
Al retirarse la luz del sol y tender la noche sus alas, hay una superabundancia de vida y de movimiento, que es curioso observar.

Entonces reina en las calles una confusión y una especie de desorden, que no comienza sino á esa hora, y que concluye cuando más una hora después.

Los artesanos y las mujeres que salen de sus talleres y de sus trabajos; los hombres de negocios que se retiran á sus casas; los criados y las criadas que se apresuran á comprar las provisiones de la noche; los paseantes y los ociosos, que, fastidiados ó cansados, vuelven de las calles y de las plazas; los que buscan en esas fondas ambulantes que se ponen en las esquinas, ó en esos cafés improvisados que se plantean en las puertas de algunas tiendas, un refrigerio para su estómago; todos van, vienen, se encuentran, se chocan, hablan, riñen, se detienen, entran y salen en las tiendas; y todos forman un inmenso rumor, una inexplicable confusión; y se agitan, y se mueven, y se cruzan entre la luz que muere y las tinieblas que nacen, como una cosa rara y desconocida.

A esa hora salen, sin saberse de dónde, porque sólo á esa hora suelen encontrarse rostros y figuras monstruosas y deformes, mujeres con espantosas narices, hombres con barbas y cabellos increiblemente largos, muchachos sin figura humana en el rostro.

CAPILLA ALFONSINA



Margarita, su hija y el Cacomixtle entraron en el mesón...

CAPILLA ALFONSINA



Entonces es el pedir limosna sin el menor escrúpulo ni vergüenza, mostrando mujeres, que parecen señoras principales, el descubierto seno sin camisa, como prueba de miseria, al entreabrirse de un tápalo de merino negro; hombres con la traza de caballeros, hacer gala de asquerosas llagas y de historias fabulosas de padecimientos.

En esa hora parece suspenderse el influjo del pudor: los hombres se atreven á dirigir palabras de amor y frases de equívoco sentido, sin avergonzarse, á las mujeres de todas clases, desde la señora hasta la ramera; y el que ostenta una casaca, y tal vez hasta una condecoración, no titubea en andar al lado de una mujer de reputación equívoca, ó enteramente mala, quince ó veinte varas, para declararle, no su amor, sino su deseo, y obtener las señas de una habitación y la hora de una cita.

Por eso la entrada de la noche, tan solemne, tan poética y tan dulce, en el campo ó en la montaña, es odiosa y repugnante en medio de una capital populosa.

Margarita, su hija y el Cacomixtle, entraron al mesón.

Los mesones en México son las posadas de las gentes pobres que vienen del campo; y para estar concurridos y tener fama, necesitan no dejar el tipo mismo que tenían en los primeros años de nuestra emancipación social, porque, de lo contrario, se convierten en hotel, y los parroquianos se marchan á otra parte.

Los mesones, para ser verdaderamente tales, deben

tener un gran patio cerrado por la parte de la calle, con morillos que entren y se corran en un gran tronco agujerado, que se llama aguja.

Debe haber en aquel patio caballos y mulas que anden sueltos, y entre los cuales se miren entrar y salir hombres vestidos de cuero, con grandes sombreros y reatas en las manos.

Y por último, el administrador debe llamarse y tener sobre la puerta de su despacho, un gran letrero que diga «Huésped».

Si no hay todo esto, no es un verdadero mesón; es un mesón apócrifo, falso, vergonzante, afrancesado; no es el mesón radical, tradicional; no es mesón, será casi hotel.

El Cacomixtle se dirigió á ver al huésped, y le preguntó:

—¿Tiene usted un cuarto?

—Sí: ¿para cuándo?

—Luego, ahí está mi mamá.

—¿Cuántos son ustedes?

—Tres.

—¿Y bestias?

—No trajimos.

El huésped descolgó una llave, llamó á un criado y se la entregó.

—¿Cómo se llama tu madre?

CAPILLA ALFONSINA



—Mi padrecito, que vendrá mañana, se llama Ladislao Pamplona.

El huésped apuntó.

—Vamos, dijo el criado encendiendo un sucio farol de hoja de lata, con todos los vidrios quebrados: ¿qué número, señor?

—Treinta y tres, dijo el huésped.

El criado echó á andar; Cacomixtle llamó á las dos mujeres, y todos le siguieron.

Subieron una escalera angosta, sucia y mal alumbrada, y llegaron por un corredor estrecho, hasta un cuarto que tenía encima un enorme número 33.

El criado abrió, puso una vela encendida encima de una mesa, y se salió sin hablar palabra.

En aquel cuarto no había más que una cama con un mal colchón, una mesa y una banca: en la pared el reglamento interior del establecimiento, sostenido por cuatro pequeños clavos, que para impedir que rompiesen el papel tenía cada uno de ellos un pequeño disco de cuero negro.

El alquiler del cuarto era simplemente una peseta.

Alejandra y Margarita durmieron en la cama, y el Cacomixtle se acurrucó en uno de los rincones.

El cálculo del muchacho sobre el tiempo que podía durarles el dinero que tenían, hubiera sido exacto, si por razón del sitio los efectos no hubiesen sufrido tan grave

alteración en su precio; pero una torta de pan, que en tiempo ordinario se compraría por medio real, entonces apenas hubiera podido obtenerse por dos pesos: así es que en dos días se consumieron los tres pesos que tenían las dos mujeres, y se encontraron sin tener recursos y sin esperanzas de salir de aquella situación.

El Cacomixtle no perdía la fe. Comenzó por llevar á vender los anillos y los pendientes de Margarita y de Alejandra; ayudaba á los viajeros que había en el mesón á sacudir sus ropas, á limpiar sus caballos, á dar lustre á sus botas; conseguía algunas costuras para que trabajaran las dos mujeres, y sin embargo, esto no alcanzaba para mantenerse.

Margarita y Alejandra tenían hambre, mucha hambre; se sentían desfallecer de necesidad, y no se atrevían á salir: preferían la muerte, y la horrible muerte del hambre, antes que caer en manos de don Celso.

Cacomixtle era el único que tenía valor para salir; y algunas veces, después de esos combates que tenía que sostener el pueblo, ya entre sí, ya con las tropas austriacas é imperiales, el Cacomixtle volvía á la casa, desgarrado, golpeado, con un sombrero que no era el suyo, pero llevando un poco de maíz, un puñado de lenteja, una torta de pan.

Entonces Margarita y Alejandra devoraban en un momento aquellas provisiones, que el Cacomixtle no se atre-



vía á tocar por no disminuir la comida de sus protegidas, siempre con el pretexto de que ya estaba satisfecho; y la verdad era que se estaba muriendo de necesidad, y que no había comido en todo el día más que algún pedazo de tortilla dura que había logrado robarse de alguna fonda ó arrancar á la caridad de algún soldado, porque el Cacomixtle iba á buscar sus provisiones hasta en los cuarteles mismos.

Margarita y Alejandra estaban ya pálidas y extenuadas; la situación era espantosa y el Cacomixtle comenzaba ya á desesperar.